

EDITORIAL

AÑO VII – VOL. I

CARTOGRAFÍAS (IM)POSIBLES EN TORNO A LO POSTHUMANO, LA CRÍTICA DE LO HUMANO Y EL PROBLEMA DE LA ANIMALIDAD

*La naturaleza tiene un coro de cantos interminables, un coro de filósofos que todos los días
cambian de pensamiento*

Manuel Quintín Lame

En *El rigor de la ciencia*, Borges nos relata el grado de perfección que, en un (quizás no tan) imaginario Imperio, va alcanzando progresivamente el arte de la cartografía: primero haciendo mapas de una sola provincia que ocupan toda una ciudad, y luego un mapa del Imperio que podía llegar a ocupar toda una Provincia. Claramente esta voluntad de verdad (de volver pensable, calculable, domeñable todo lo existente, como lo afirmará Nietzsche), esta ansia de detención y de calco de los Colegios de Cartógrafos (instituciones disciplinarias tan acordes y resonantes con la *Stimmung* del Emperador -aquel soberano, regente, dueño y propietario de la vida-, instituciones serviles a su poder hegemónico, al deseo de señorío, de disección y sedimentación de la vida misma) no se detendría allí: su voluntad de dominio y determinación llevaría a que se levantara un Mapa del Imperio del tamaño del Imperio mismo, y coincidiera punto por punto dicho mapa con todo territorio vital que fuera sometido a la potencia hegemónica imperial¹.

Pero un mapa que ansie dominar y disecar de una vez por todas toda metamorfosis animal, vegetal, mineral -avidez cartográfica en tanto cámara mortuoria de la vida misma- fracasa en su ansia de representación, determinación y dominio. El majestuoso y soberano mapa resulta, pues, abandonado -por las generaciones futuras- a las inclemencias del sol y del invierno. De las *disciplinas* cartográficas, en su anhelo de claridad, fijación y distinción, quedan sólo restos y rastros. El ejercicio que pretende sedimentar todo lo vital

¹ Acuden a nosotrxs las inquietantes voces, susurros y gritos que han debido poblar las *menageries* de reyes y emperadores, lugares y fortalezas anticipantes de toda vida *zoologicalizada*, que en su capturar, encerrar, domesticar y diseccionar toda vida animal y animalizada ejercen una docta, exotizante, calcante y calculante voluntad, supuesta determinadora final de los mojones infranqueables de lo que “verdaderamente” constituiría las fronteras y jerarquías últimas, definitivas y finales de lo humano con respecto de lo animal.

fracasa, quizás, al vérselas con *lo que vagabundea* (Fernández-Savater, 2020). Tal vez sea entonces por ello que “[Las] despedazadas Ruinas del Mapa, [sean] habitadas [pues] por animales y por mendigos”: aquellas existencias que en su incalculable vagabundeo escapan, resisten, imposibilitan y ríen siempre de la dominación y la disección sepulcral humana, demasiado humana. También aquellxs sobre quienes recae el ansia de dominio y precarización, la mayoría de veces también la muerte.

Acude a nosotrxs e irrumpe una vez más el huésped Nietzsche (en esta indisciplina de visitar y contagiar(se) literatura y filosofía como fronteras móviles y siempre ficcionales): como si a través de las ruinas de esta voluntad de dominio que es el viejo mapa viajara y se desplazara aquel vagabundo Zarathustra, aquel que anuncia una y otra vez que una de las enfermedades de la piel de la tierra se llama «hombre», que “el hombre es algo que debe ser superado”; aquel vagabundo inseparable -en su vagabundear mismo- de los siempre rientes, infantiles y danzantes animales que le acompañan, manada que escapa, fuga y pone en crisis todo intento cartográfico-sepulcral de última determinación y fijación de lo vital:

Entonces un viento rugiente abrió con violencia sus hojas: y entre agudos silbidos y chirridos arrojó hacia mí un negro ataúd: Y en medio del rugir, silbar y chirriar, el ataúd se hizo pedazos y escupió miles de carcajadas diferentes. Y desde mil grotescas figuras de niños, ángeles, lechuzas, necios y mariposas grandes como niños algo se rió y se burló de mí y rugió contra mí. En verdad, semejante a mil infantiles carcajadas diferentes penetra Zarathustra en todas las cámaras mortuorias, riéndose de esos guardianes nocturnos y vigilantes de tumbas, y de todos los que hacen ruido con sombrías llaves. Tú los espantarás y derribarás con tus carcajadas (...) Nuevas estrellas nos has hecho ver, y nuevas magnificencias nocturnas; en verdad la risa misma la has extendido como una tienda multicolor sobre nosotros. Desde ahora brotarán siempre risas infantiles de los ataúdes; desde ahora un viento fuerte vencerá siempre a toda fatiga mortal (Nietzsche, 2001, pp. 204-205).

Esto *no* es un mapa imperial. Tal vez anhelamos demasiado ser niñxs perdidxs como para llegar a querer o preferir hacerlo. Arrojamós más bien meras *ficciones cartográficas* luego de perder para siempre la casa del emperador que se creía incólume y perenne. Nos aventuramos a arriesgar ejercicios de trazos de movimientos -rastros de huellas de un lobo o muchos lobos- que se ofrecen como moradas pasajeras que recuerdan y recitan insistentemente -en nuestro habitar actual- lo que otras manadas también han aullado en su momento: “Pues no hay que detenerse en parte alguna” (Rilke), y los versos de

Huidobro: “los cuatro puntos cardinales son tres: el Sur y el Norte”. Indeseable nos resulta querer trazar, vivir, guiarnos en y por aquel viejo mapa: “En todo caso, el camino no existe”.

Ubicar con claridad los textos de un dossier representa una tarea (im)posible, como (im)posibles son las cartografías en torno a lo posthumano, la crítica de lo humano y el problema de la animalidad. Aquí hemos decidido dejar algunos rastros archiescriturales que son los pataleos mismos de nuestro pensamiento. Cinco continentes y contenidos lanzamos en incesantes contagios entre sí, fronteras indisciplinadas que se ofrecen a ser leídas de la manera que llegue a ocurrir. 1) *Monstruosidad, deconstrucción y animalidad*: bestiarios y resistencias donde desechos, restos y monstruxs se entretejen en ese riesgo siempre abierto que implica, interpela y desafía el horizonte de un pensamiento posthumano deconstructivo. 2) *Literaturas posthumanas*: derivas vivientes (¿qué otra cosa puede haber luego de la pérdida irreparable de todo *arkhé*-fundamento, de la muerte de Dios y de esa otra divinidad que es lo Humano?), fugas posthumanas, antropofagias y risas de canes cósmicas. 3) *Biopolítica y resistencia animal(ista)*: cacareos y voces animales aparentemente inaudibles en nuestra cotidianeidad que emergen en su resistir, haciendo brechas en regímenes “familiares” de sensibilidad para, con ello, horadar las disciplinas que, como mapas imperiales, no pocas veces son partícipes de una implacable sentencia: *hacer morir y dejar morir*. 4) *El posthumanismo entre el escepticismo y la filosofía nietzscheana*: una vez más Nietzsche, pero en manada y aullido con otros impertinentes e intempestivos que, en su ejercicio literario-filosófico, buscan *desfascinar* al hombre de sí mismo y su ansia especular de verse reflejado e impuesto, como figura de autoridad, en todo otrx; Montaigne, Cioran y un mismo joven Nietzsche que escapando a la determinación ya clásica de leerlo meramente como metafísico se presenta ya, a sí mismo, como una línea de fuga: aquel que pone entre-dicho toda fascinación y soberbia humana al aventurarla como mero animal que hace metáforas. Finalmente, 5) *Antropocentrismo, interdependencia y capitalismo*: nos coloca ante el desafío de afrontar el especismo que atraviesa el circuito de producción del capital, sus lógicas extractivistas y moderno-coloniales, así como su consecuente producción de vidas precarizadas, arrojadas al abandono y la muerte.

En todo caso, y aun con todo lo anterior (o precisamente por ello mismo) nos asombramos (no nos fascinamos): es curioso que seamos capaces de escribir. Tenemos seis patas con treinta dedos y ochenta y cuatro articulaciones moviéndose a través de medio continente de manera asincrónica. Además, nuestras patas se encuentran pegadas

a un cerebro tecnobiológico, o quizás a varios. Los científicos de la Academia², aquellos del rigor de la ciencia (sí, también aquellos de los Colegios de Cartógrafos), no acaban de decidir si somos una máquina monstruosa, un híbrido de silicio y carbono, un insecto o un cefalópodo. Su inmadurez (o el exceso de su contrario, esa implacable seriedad en todo caso) les obliga a asignarnos sedimentados y duros rostros humanos, pese a que intuyan o sepan que se trata de una especie extinta o poco avistada: ¿un lugar vacío? ¿una ficción siempre tan dispuesta a creerse no ficcional? Se sienten obligados a desdoblarse a sí mismos con la esperanza de aprehendernos. Tan pronto observan nuestras seis patas, como reacción al temor que les inspiramos, sienten la obligación moral de darle nombre a tres rostros. Así acabamos siendo aquello que nunca hemos sido pero que no podemos abandonar del todo. A pesar de que intentan introducirse en un medio que no es el suyo (ni de nadie) y creen tener el control, de repente nos escabullimos (o lo intentamos sin cesar, cuando menos) ante sus ojos. Su chato realismo tragicómico tiembla ante nuestro(s) enjambroso(s) cuerpo(s). Susurramos con ganas de cacarear: “El Hombre de Vitruvio no es nada sin su flora bacteriana. ¿No has notado que cuando tienes hambre no piensas de la misma manera?, ¿no has notado que lo que significa pensar resulta indisoluble de flujos animales y no humanos en general? Pensamos con las patas, y a veces dando patadas, ¿qué otra cosa podría hacer un monstruo cefalopoide? Los mundos circundantes de Jakob von Uexküll eran simplemente el inicio. Uexküll aún creía en Kant”.

Pero como escribir con las patas es realmente complicado, optamos por dejar rastros, estos rastros. Rastros versus rostros, o rostros que se deshacen y dejan rastros. Bien podríamos escribir con las manos, pero el *producto* quedaría vaciado, son las patas las que se encuentran pegadas a nuestro(s) cerebro(s), no las manos. Las manos, como enseñan en la escuela (o en la prisión, o en los ciberemprendimientos, o en la plantación), sirven para tomar distancia en filas ordenadas y para agarrar o manipular *cosas*. Vincular los pulgares oponibles al cerebro sea quizás una de las grandes aberraciones de lo vital, lo cual es una gran noticia, el problema consiste en convertir una maravillosa anomalía (entre muchas otras) en Patrón, en medida ideal del mundo y, por ende, contra y fuera del mundo. ¿La forma-paper característica de las revistas académicas es acaso una prótesis del viejo Hombre de Vitruvio? Probablemente. De ahí que sintamos un poco de vergüenza, pero frente a la vergüenza solo es posible responder con una alegría siempre

² La marca gramatical masculina en la palabra “científicos”, entre otras, es un intento de visibilizar el registro de una masculinidad soberana hegemónica: cisheterosexual, blanca y neurotípica.

tan cercana al llanto: afectos que desbordan: “Por eso las pasiones son eliminadas, porque no se dejan tratar como elementos; son más grandes que la unidad del sujeto; lo dominan, vienen de más lejos que él y tienden a algo más lejano, obligándolo a salir de sus límites” (Simondon, 2028, p. 194).

A los animales que somos (y nunca hemos dejado de ser, pese a los esfuerzos humanos, demasiado humanos por des-anima-rnos) no nos interesa mucho si se respetan o no las normas de citación de una asociación de psicólogos, de cartógrafos, de quienes solo pueden leer aquello que ha sido atravesado por una operación de rostrificación, de fijación, de “precisa” delimitación. No sería extraño que los rastros de nuestro pataleo les incomodasen. Para ellos el estilo es simplemente práctico, lo que cuenta es el contenido, pero cuando se tienen las patas pegadas al cerebro el estilo siempre ha sido el contenido, y viceversa. Nos asusta que una actividad totalmente gratuita pueda quedar subsumida en normas orientadas a obtener de productos terminados algún tipo de valor de cambio. La forma-paper no es práctica, el pragmatismo se define por la pluralidad de usos, por la ductilidad, mientras que la forma-paper existe para la repetición de lo Mismo.

¿Razón cínica? No, vergüenza transmutada en prácticas de perder la fascinación. Ya ha sido suficiente de sus dispositivos de humanización. Quizás llegó la hora de dar patadas (nunca se ha dejado de darlas) y de pensar con las patas: “sólo creo en un pensamiento que haya sido caminado” (Nietzsche, 1984, p. 35). Por más pesada que pueda parecer la realidad, es en ella que tenemos el desafío ontológico de sobre-vivir. Tenemos experiencia en hablar n lenguas, en hablar con quienes se supone nunca hablan. Si los científicos de la Academia intentan, sin éxito, clasificarnos como artrópodos cuando no les parecemos lo suficientemente humanos, no es solo por nuestras semejanzas con todos los insectos de seis patas (abejas, hormigas y moscas, por ejemplo), ni porque seamos las más numerosas de las bestias del reino Animalia, sino porque les recordamos su propia animalidad. Pataleamos como patalean las gallinas y las vacas en las granjas y los mataderos. Pataleamos como el ratón en el bioterio. Pataleamos como patalean “nuestras” imágenes cuando *el rigor de la ciencia* nos intenta disciplinar con el taxón. Esperamos sin espera que los pataleos se multipliquen como enjambres incluso en el reino de los papers, en el reino de lo humano, es decir, que produzcan brechas e intervalos que hagan posible constatar que nuestras ochenta y cuatro articulaciones no son sino una pequeña expresión, una ficción y un encantamiento entre otras ficciones y encantamientos posibles que sin ansia de patrón, querámoslo o no, nunca han dejado de escribir-nos.

Anahí Gabriela González, Andrés Padilla Ramírez & Iván Darío Ávila Gaitán

Bibliografía

Borges, J. L. *El hacedor* (16ª edición), Emecé Editores S.A., 1982

Fernández-Savater, A. "Eliminar todo lo que vagabundea". En:
<https://www.revistadelauniversidad.mx/articles/757628b7-c5b3-41e9-be84-1b24a3f122cb/eliminar-todo-lo-que-vagabundea>. Consultada el 23 de junio de 2020.

Nietzsche, F. *Así habló Zaratustra*, trad. Andrés Sánchez Pascual, Madrid, Alianza Editorial, 2001

Nietzsche, F. *Crepúsculo de los ídolos*. Traducción: Andrés Sánchez Pascual. Alianza Editorial, Madrid, 1984.

Simondon, G. *El modo de existencia de los objetos técnicos*. Traducción: Margarita Martínez y Pablo Rodríguez. Prometeo Editorial, Buenos Aires, 2008.